

Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente

Historical Régimes and Historiographical Régimes: From the Historical Past to the Past Present

María Inés Mudrovcic

Centro de Investigación en Filosofía de las Ciencias Sociales y Humanidades.
Universidad Nacional del Comahue-CONICET. Argentina
mmudrovcic@gmail.com

Abstract

This work takes as a point of departure the well-known François Hartog's thesis on historical time and examines how a dominant "régime of historicity" or historical régime becomes the receptacle of a specific historiographical régime. We shall develop the idea that historiography, understood as social practice based upon the representation of time, reflects the dominant historical régime of which is part. To that purpose we suggest two hypotheses: first, the "historical past" must be considered the historiographical régime or time assumption corresponding to modern régime of historicity; and second, is the "History of the Present" what has questioned most the very notion of "historical past" because of its links with a new régime characterized by "presentism".

Key Words

Historical régimes, historiographical régimes, historical past, history of the present.

Resumen

En el presente trabajo se toma como punto de partida la conocida tesis de François Hartog sobre el tiempo histórico para examinar de qué modo el "régimen de historicidad" dominante se convierte en el receptáculo de un determinado "régimen historiográfico". Desarrollamos la idea de que la historiografía, como práctica social basada en la representación del tiempo, refleja el régimen de historicidad dominante del que forma parte. Para ello sugerimos dos hipótesis: la primera, que el "pasado histórico" es el régimen historiográfico o presupuesto temporal propio de la historiografía correspondiente al régimen de historicidad moderno; y la segunda, que la "historia del presente" es la que ha puesto en cuestión la noción misma de "pasado histórico", debido a su adscripción a un nuevo régimen de historicidad presentista.

Palabras claves

Regímenes de historicidad, regímenes historiográficos, pasado histórico, historia del presente.

Introducción

Estamos transitando un período en el que se percibe un clima de “cambio de época”. Las nuevas tecnologías han modificado no sólo nuestra forma de comunicarnos, sino también la forma en que se desarrollan las confrontaciones políticas (pensemos, solamente, en el rol de las redes sociales en lo que se ha llamado “la primavera árabe”). Es una etapa en la que se están revisando los marcos de sentido que tenían vigencia hasta hace poco tiempo atrás. Muchas de las concepciones que teníamos acerca de la religión y la vida pública se hallan ahora, por ejemplo, profundamente cuestionadas. Ni la religión es meramente privada ni puramente irracional, ni la esfera pública es simplemente un espacio de deliberación libre de coacciones.¹ También ha cambiado nuestra relación con la política. Durante mucho tiempo se entendía que el mantenimiento de la paz social y la búsqueda del progreso eran objetivos del arte de gobernar. Pero el futuro prometedor ha llegado a su fin. La idea de que se podía hacer una sociedad más justa y de que se iba hacia lo mejor difiere notablemente de cómo concebimos la política en los tiempos actuales. En un mundo caracterizado por la precariedad y la inseguridad, con agresiones y catástrofes, ya no se pide a los políticos que mejoren las cosas, sino que, al menos, no las empeoren.² La mayoría está de acuerdo en que este cambio de época, ya plenamente instalado, se iniciaría a fines de la década de los ochenta y coincidiría con un régimen de temporalidad nuevo que François Hartog ha denominado “presentismo” y Hans Ulrich Gumbrecht “presente dilatado”. Dentro de este contexto, lo que me interesa discutir aquí es una cuestión puntual de otro cambio, pero en este caso, referido a la disciplina histórica.

En una entrevista que Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia realizaron a François Hartog el 15 de septiembre de 2008, éste se preguntaba lo siguiente: “si entramos en un régimen ‘presentista’, ¿qué tipo de historia ya no se puede hacer y, al mismo tiempo, qué historia se podría hacer?”.³ Los diferentes regímenes de historicidad, sin tener la generalidad de una categoría metahistórica, deberían poder correlacionarse con diferentes formas de historiografía. Sin establecer una relación mecánica, Hartog reconoce que existe un lazo entre ambos niveles: lo que denomina “régimen de historicidad” y lo que nosotros podríamos llamar “régimen de historiografía”, es decir, los presupuestos temporales que subyacen a la escritura histórica.⁴

Nacida en un contexto en el que el tiempo histórico comienza a ser interrogado, la noción de régimen de historicidad debe ser entendida como una herramienta heurística –un

* Quiero agradecer a Nora Rabotnikof sus observaciones a una versión anterior de este trabajo. Asimismo, también deseo agradecer a los evaluadores, cuyas sugerencias me ayudaron mucho a mejorar la versión final.

¹ Jürgen Habermas y otros, *El poder de la religión en la esfera pública* (Madrid: Trotta, 2011), 11.

² Véase Marc Abéles, *Política de la supervivencia* (Buenos Aires: Eudeba, 2008).

³ Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia, *Historicidades* (Buenos Aires: Waldhuter editors, 2010), 155.

⁴ En un libro de reciente publicación François Hartog intenta realizar una correlación de este tipo, *Croire de l'histoire* (Paris: Flammarion, 2013).

“simple” instrumento – que ayuda a aprehender, en la “crisis” de los tiempos, las articulaciones entre pasado, presente y futuro. Las crisis de las experiencias del tiempo son las que ponen al descubierto las relaciones que el presente establece con el pasado y el futuro. Son esas circunstancias el factor que hace que la cuestión del tiempo pase a ser un asunto o problema importante, algo que “obsesiona”.⁵ Cuando nos interrogamos sobre un pasado olvidado o, por el contrario, demasiado presente; cuando el futuro aparece amenazante o clausurado; cuando el presente parece consumirse en el instante o no dejar de transcurrir, surge entonces el intersticio o la grieta que pone de manifiesto que una experiencia del tiempo presupuesta, “naturalizada”, en la que vivíamos confortablemente, está siendo puesta en cuestión. Es este intersticio el objetivo hacia el que apunta el régimen de historicidad cuando trata de poner en evidencia el orden de los tiempos que hace posible una determinada experiencia temporal (sin dejar de reconocer sin embargo la pluralidad del tiempo social). El régimen de historicidad expone por lo tanto “los modos de articulación de estas categorías o formas universales que son el pasado, el presente y el futuro”;⁶ es la expresión de un orden dominante de tiempo en determinada época, que traduce y ordena las múltiples experiencias del tiempo;⁷ trabaja entre las tensiones que se dan entre experiencia y expectativa. Si la relación de las categorías de Reinhart Koselleck, “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas” era la condición de posibilidad (metahistórica) de toda historia, el régimen de historicidad de François Hartog apunta a sus diferentes formas de articulación.

Koselleck presenta las categorías espacio de experiencia y horizonte de expectativa en el marco de una semántica de los tiempos históricos. Se trata de categorías formales, es decir, condiciones de posibilidad de las historias concretas y en cuanto tales, categorías del conocimiento. Las historias empíricas posibles son, de ese modo, determinaciones materiales de dichas categorías. Por su generalidad, dichas categorías tematizan la temporalidad del hombre; son por ello apropiadas para una antropología filosófica, y desde un punto de vista metahistórico remiten a la estructura de la temporalidad de la historia. En este sentido indican la relación interna entre pasado y futuro de forma dialéctica: “no se puede tener un miembro sin el otro. No hay expectativa sin experiencia, no hay experiencia sin expectativa”.⁸ Koselleck muestra el valor de estas categorías en el análisis de la modernidad, entendiéndola como un “tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas”.⁹ A diferencia del mundo campesino-artesanal de 1700 en el que había correspondencia entre el horizonte de expectativas y el espacio de experiencia, la creciente movilización en el mundo político fracturó su

⁵ François Hartog, “Tiempo y Patrimonio”, *Museum International, Quarterly Review*, United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, 4 (September 2005).

⁶ François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps* (Paris: Seuil, 2003), 27.

⁷ *Ibid.*, 118.

⁸ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993), 336.

⁹ *Ibid.*, 343. Cfr. al respecto, María Inés Mudrovcic, “Reinhart Koselleck, Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos y Paul Ricoeur, Tiempo y Narración,” *Prismas* (2001), 329-338.

simetría.¹⁰ La acuñación a finales del siglo XVIII del término progreso es, para Koselleck, un indicador “de que ninguna expectativa se puede derivar ya suficientemente de la experiencia precedente”. La estructura temporal de los tiempos modernos, atravesada por la abertura hacia el futuro y hacia el progreso, está caracterizada por la asimetría entre experiencia y expectativa. La Historia en singular (*die Geschichte*), que se comprende como proceso y se concibe como historia de sí, con su tiempo propio, abandona la concepción clásica de la historia como dadora de ejemplos (*historia magistra vitae*) y se adhiere al carácter único de los acontecimientos.

Siguiendo a Koselleck, François Hartog caracteriza el régimen de historicidad moderno como aquel en el que se efectúa el paso del plural alemán *die Geschichten* al singular *die Geschichte*. A las lecciones de la historia le sucede la exigencia de previsión que le impone el futuro. El pasado es considerado “anticuado”. Lo ejemplar desaparece para dar lugar a lo que no se repite más. “Comanda el punto de vista del futuro”. Es el futuro el que esclarece la historia pasada. Si hay alguna lección en la historia, ésta viene del futuro, no del pasado.¹¹ Sin embargo, a diferencia del orden del tiempo cristiano, el futuro ya no es la espera de la inmutabilidad de la eternidad. Hartog señala que el desequilibrio entre experiencia y expectativa, característico de los tiempos modernos, abre el futuro como progreso por efecto de la aceleración.¹² En el orden del tiempo moderno, el pasado y el presente son representados, pensados y sentidos como si estuvieran partiendo o retornando al presente. Hartog delimita el régimen de historicidad moderno entre las fechas simbólicas de 1789 y 1989; entre la Revolución Francesa, que señala “un conflicto” entre dos regímenes diferentes (la experiencia cristiana y la experiencia moderna del tiempo), y la Caída del Muro de Berlín, que borra la idea comunista atravesada por el futuro de la Revolución. Estas brechas son “intervalos determinados enteramente por las cosas que ya no son más y por las cosas que aún no son”.¹³ De lo anterior, no se deduce que no haya habido en dicho lapso otras crisis de tiempo, otras experiencias temporales; sin embargo, el régimen moderno ha sido el orden dominante del tiempo. 1989 es la brecha o la cesura que señala la crisis del tiempo moderno que Hartog denomina “presentismo”, una experiencia de tiempo en el que el presente es omnipresente.¹⁴

¹⁰ Un campesino francés del siglo XVII no contaba con la idea de “un futuro mejor” en este mundo, no podía imaginar una vida distinta a la que él y sus antepasados habían llevado. Cuando una mañana de primavera, a fines del reinado de Carlomagno, Bodo se levanta muy temprano para trabajar las tierras de los monjes y encuentra que su hijito Wido tenía un dolor, comienza a recitar un antiquísimo conjuro que había aprendido de sus antepasados (Cfr. Eileen Power, *Gente de la Edad Media* [1924]. Buenos Aires: Eudeba, 1966). Era un ensalmo que siempre habían recitado sus antepasados paganos y que la Iglesia ahora le había enseñado a Bodo agregar, al final, las palabras “así sea, Señor”. Tanto para el campesino del siglo XVII como para Bodo, pasado y futuro eran lo mismo; no tenían por qué esperar que sucediera algo distinto. La situación cambia hacia fines del XVIII. Pasado, presente y futuro adquieren otra cualidad, un tiempo histórico es posible.

¹¹ François Hartog, *Régimes*, 107-117.

¹² *Ibid.*, 28.

¹³ *Ibid.*, 118.

¹⁴ Puede considerarse al historiador Benoît Verhaegen, cuyo libro *Introduction à l'histoire immédiate: essai de méthodologie qualitative* (Gembloux: Duculot, 1974), como un precursor del énfasis en “lo inmediato” de Hartog. Agradezco a uno de los evaluadores esta observación.

El mismo autor señala que la noción de “régimen de historicidad” no posee la generalidad de las categorías metahistóricas de Koselleck sino que se encuentra en un camino intermedio entre lo que es una condición de posibilidad y el análisis de casos concretos.¹⁵ Es una categoría que abarca desde el sentido más amplio de “modalidad de conciencia de sí de una comunidad humana” a uno más restringido de “historia vivida”.¹⁶ A pesar de su alto grado de abstracción, y aunque en su texto de 2003, François Hartog no lo especifica, un régimen de historicidad dominante debería poder relacionarse con formas de discurso y acción sociales concretos en aquellos contextos culturales en los que prevalece. En la entrevista realizada en 2008 el autor reconoce que, para el caso concreto del historiador y de su práctica, se podrían establecer correlaciones de regímenes de historicidad con formas de historiografías. El objetivo del presente trabajo es aplicar esa idea esbozada por Hartog: un régimen historiográfico tendría que expresar el régimen de historicidad dominante. Es decir, la historia en tanto práctica social que trabaja con el tiempo debería reflejar el régimen de historicidad dominante en el que se inscribe. En el presente artículo, en primer lugar, quiero mostrar que el “pasado histórico” es el régimen historiográfico o presupuesto temporal no cuestionado de la historiografía durante el régimen de historicidad moderno. La noción de “pasado histórico” reúne ciertas características que expresan, en el ámbito de la historiografía, el modo en que el régimen de historicidad moderno articula presente, pasado y futuro. En segundo lugar, analizaré de qué modo la historia del presente o del pasado reciente expresa un régimen historiográfico que pone en cuestión la noción misma de “pasado histórico”, inscribiéndose en un régimen de historicidad de carácter presentista.

El corte entre los vivos y los muertos: la posibilidad de un “pasado histórico”

La historia como disciplina profesional se consolidó en la segunda mitad del siglo XIX. Si bien en sus inicios la idea de futuro como progreso marcó fuertemente su agenda programática,¹⁷ en ésta última pronto dejó de tener peso de *telos* que da sentido a la historia. Comprometidos los historiadores en desmarcar paulatinamente a la historia de las “especulaciones” propias de las filosofías de la historia, éstos comenzaron a delinear su campo como la investigación de “lo que realmente ocurrió”, al decir de Leopold Ranke. Si la historia había de ser ciencia, los hechos humanos del pasado, los “hechos históricos”, debían ser su objeto. Esto no significa que el futuro haya sido desterrado por los historiadores. El futuro, en tanto no cesa de acelerarse o presentarse como tal, pertenece al orden de tiempo moderno, régimen de historicidad bajo el cual la historia se define como disciplina. Por lo que, aunque el pasado es caracterizado como el campo propio de la historia, “el historiador del pasado no puede acercarse a la objetividad más que en la medida en que se aproxima a la comprensión del futuro” como resume, en 1961, Edward H.

¹⁵ Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia, *Historicidades*, 155.

¹⁶ *Ibid.*, 149.

¹⁷ Lord Acton, en la introducción al primer volumen *Cambridge Modern History: Its Origins, Authorship and Production* (1907) escribe: “no podemos dejar de suponer un progreso en las cosas humanas, siendo ésta la hipótesis científica de que debe partir la historia que se escriba”, citado por Edward Carr, *¿Qué es la historia?* (Barcelona: Proyectos Editoriales, 1984), 150.

Carr.¹⁸ Especular sobre lo que va advenir en la historia es propio de filósofos y de teóricos; tenerlo como indicador de lo que falta, pues se conoce lo que pasó, es el horizonte de los historiadores. Esta aversión de la historia hacia la filosofía recorre prácticamente todo el siglo XX y comienza a declinar, sintomáticamente, a fines de los años ochenta.

En sus esfuerzos por delimitarse como una disciplina profesional, la idea de que la historia debía ser una ciencia que se ocupe del pasado no sólo está presente en los representantes de la llamada “Escuela Histórica” en Alemania (Barthold Georg Niebuhr, Wilhelm von Humbolt y Leopold Ranke), sino que también se encuentra en Francia y en Inglaterra. Fustel de Coulanges la formula en su lección inaugural en Strasbourg en 1862 y John Bury, casi cuarenta años después, en 1903, se refiere al mismo punto también en su lección inaugural dictada en Cambridge.¹⁹ La concepción de que el pasado es asunto de la historia se extiende durante el siglo XX hasta los ochenta, período durante el cual casi todos los historiadores profesionales coinciden en aceptar que la historia era una disciplina que investiga el pasado humano. Esta concepción se ve reflejada en la definición de “historia” propuesta por Harry Ritter en 1986 en su *Dictionary of Concepts of History*: la historia “es la investigación en la naturaleza del pasado humano con el fin de dar cuenta, en forma auténtica, de una o más de sus facetas”.²⁰ La definición recoge la ambigüedad del término historia, ya se la entienda como “los eventos pasados”, el pasado (*Geschichte*), o como los textos que los historiadores escriben acerca del pasado (*Geschichtswissenschaft*). Para evitar esta ambigüedad, también presente en el idioma inglés, Aviezer Tucker, en un trabajo publicado recientemente, retoma la distinción ya clásica entre “historia” para “referir [se] a los eventos pasados y procesos” e “historiografía”, para significar “los resultados de las investigaciones acerca de la historia, los resultados escritos sobre el pasado (...) las personas que producen historiografía son los historiadores”.²¹ Dentro de este contexto, nosotros denominamos “pasado histórico” al pasado que la disciplina histórica afirma como su objeto. Usamos el adjetivo “histórico”, con un mínimo alcance, para denotar la especificidad de la relación entre el pasado y la historiografía: no todas las cosas pasadas son conocidas “históricamente”.

Ahora bien, qué sea el pasado y el pasado histórico en particular, es algo que ha sido poco tematizado por los propios historiadores. Es lo “no dicho” de la práctica histórica, al decir Michel de Certeau, o “lo impensado”, según Hartog. Es el postulado, el “lugar” en el que se sitúa la investigación en la búsqueda de lo humano el que, al ser atravesado por el tiempo, adquiere la forma de “procesos”, “épocas”, “hechos”, “desarrollos”, “coyunturas”, “estructuras”, “ciclos” y “evoluciones”. Es decir, no todo el pasado es competencia de la historiografía; sólo el pasado humano: la nación, el estado, la sociedad, las civilizaciones, la cultura, lo económico, lo social, la religión, las mentalidades, la familia, lo político, el cuerpo, la sexualidad, la brujería, etc. Aún en el tiempo cuasi inmóvil de *El Mediterráneo*

¹⁸ *Ibid.*, 167.

¹⁹ Cfr. Chris Lorenz, “Scientific Historiography”, en *A Companion to the Philosophy of History and Historiography*, ed. Aviezer Tucker (Oxford: Blackwell Publishing, 2009), 393.

²⁰ Harry Ritter, *Dictionary of Concepts of History* (Connecticut: Greenwood Press, 1986), 193.

²¹ Aviezer Tucker, *A Companion*, 2.

de Braudel, la historia es la “del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea”.²² Ya lo decía Lucien Febvre: “El pasado es una reconstrucción de las sociedades y de los seres humanos de antaño, hecha por hombres y para hombres comprometidos en la complicada red de las realidades humanas de hoy en día”.²³ Ahora bien, ¿qué características tiene este pasado propio de la disciplina histórica?, o mejor, ¿qué rasgos propios adquiere el pasado al transformarse en objeto de la historia?

En primer lugar, este pasado es lo diferente, lo “otro” del presente. Su frontera con el presente está marcada por lo “ya ido”,²⁴ por los muertos,²⁵ por lo que “no es más”. En la escala del individuo o en la de los grupos sociales (sistemas económicos, estados, sociedades y civilizaciones), el antes y el después de la cronología, que para Koselleck enmarca al acontecimiento como unidad de significación,²⁶ definen la diferencia mínima que cualquier acontecimiento puede tener con otro. También la distinción con el presente se encuentra en esa historia “cuyo pasaje es casi imperceptible para el hombre, aquella [historia] del hombre en su relación con su medio ambiente”.²⁷ Pero, tanto en este tiempo cuasi-geográfico, como en el pasado a escala humana, y aun considerando la pluralidad de planos temporales que lo trasvasan, es esta alteridad u “otredad” con el presente la que debe mantenerse. Ya lo expresó claramente Robert Darnton: “Es necesario desechar constantemente el falso sentimiento de familiaridad con el pasado y es conveniente recibir electrochoques culturales”.²⁸ La singularidad del pasado histórico con respecto al presente acompaña a ese sentimiento propio del régimen moderno de que lo acaecido con anterioridad es diferente y que “las cosas nunca volverán a ser como en los viejos tiempos”.²⁹ La especificidad que adquiere el pasado como objeto de la práctica histórica impide que éste, así delimitado, pueda transformarse en *exemplum*. El “pasado histórico” clausura a la *historia magistra vitae*.

²² Fernand Braudel, *Écrits sur l'histoire* (Paris: Flammarion, 1969), 11.

²³ Lucien Febvre, “Prólogo” a Charles Mozaré, *Trois essais sur Histoire et culture*, *Cahiers des Annales*, (1948): vii.

²⁴ François Chatelet, *La Naissance de l'histoire*, vol. 1 (Paris: Éditions de Minuit, 1962), 11.

²⁵ Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 1993), 116.

²⁶ Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia, *Historicidades*, 130.

²⁷ Fernand Braudel, Preface a *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 1 (Berkeley and Los Angeles: University California Press, 1995), 20.

²⁸ Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* (1984) (México: FCE, 1987), 12.

²⁹ Eric Hobsbawm, *Sobre la historia* (Barcelona: Crítica, 1998), 27.

Este pasado debe ser, también, distante.³⁰ En 1931, cuando colegas y amigos le pidieron a Johan Huizinga que dictase un curso de historia contemporánea, éste respondió: “Impartir clases sobre el pasado reciente, no, yo no tengo nada que decir que ellos [mis alumnos] no puedan leer en los diarios. Lo que ellos necesitan es distancia, perspectiva, formas históricas bien definidas y, en este sentido, el siglo XVIII es más agradable y más importante; no digo que también no lo sea el presente, pero sólo imágenes históricas imperfectas y poco confiables se pueden obtener de él”.³¹ La noción de “distancia temporal” para Huizinga³² permite, en primer lugar, la condición epistémica de que los objetos del pasado adquieran contornos definidos (“formas históricas definidas”) y, en segundo lugar, la connotación moral de que sean “confiables”. Estas dos características son propias del precepto metodológico que debe guiar a la historia como ciencia, la objetividad. “Tan separado como le es permitido a un observador, el historiador debe realizar lo que puede ser llamado ‘un voto personal de silencio’”.³³ La distancia en el tiempo permitiría “enfriar” los intereses políticos, morales e ideológicos que podrían enturbiar el acceso al pasado. Tal como el historiador neerlandés Chris Lorenz señala, la mayoría de los historiadores, hasta pasada la mitad del siglo XX, consideraba que “50 años de distancia era el mínimo absoluto para que una historia ‘caliente’ se enfriara y se transformara en una ‘historia fría’, sin embargo, 100 años era considerado más seguro”.³⁴ El pasado reciente era considerado inapropiado para la investigación histórica puesto que la cercanía de los eventos podría favorecer una comprensión parcial e interesada de los mismos. El pasado histórico debía entenderse “en sí mismo”, despojado de todo interés práctico que pudiese tener con el presente.³⁵ El presupuesto que subyace a la noción “distancia en el tiempo” es

³⁰ Las cuestiones de la alteridad del pasado y la distancia temporal son discutidas por Paul Ricoeur en 1985 en el vol. III de *Temps et récit* en el marco del tratamiento de la realidad del pasado. Ricoeur reconoce que la preocupación por la distanciamiento, que él denomina “apología de la diferencia”, se encuentra muy presente en la historiografía francesa: François Furet, *Penser la Révolution française* (Paris: Gallimard, 1978), Jacques Le Goff, *Un autre moyen age. Temps, travail et cultura en Occident: dix-huit essais* (Paris: Gallimard, 1977), Paul Veyne, *L’inventaire des différences* (Paris: Seuil, 1976). Para Ricoeur la distancia temporal se transforma en un “enigma”, que está “sobredeterminado por el alejamiento axiológico que nos ha hecho extraños a las costumbres de los tiempos pasados”. Cfr. Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración. El tiempo narrado* (México: Siglo XXI, 1996), 847-851.

³¹ Johan Huizinga, *Briefwisseling*, ed. León Hanssen, W. E. Krul, and Anton van der Lem (Utrecht and Antwerp: Veen, 1990), citado por Jaap den Hollander, Herman Paul y Rik Peters, “Introduction: the Metaphor of Historical Distance”, *History and Theory, Theme Issue* 50 (2011): 2 (1-10).

³² A pesar de los problemas involucrados en un concepto que parece contener una contradicción al definir un aspecto de lo temporal a partir del espacio, ha sido usado acriticamente tanto entre historiadores, como en este caso, Huizinga, y filósofos, como Gadamer. No es sino hasta el año 2011 cuando la revista *History and Theory* dedica su *Theme Issue* a analizar los alcances de la “distancia temporal”.

³³ Fernand Braudel, *The Identity of France* (Nueva York: Harper & Row Publishers, 1990), 15.

³⁴ Chris Lorenz, “Scientific Historiography”, en Aviezer Tucker, *A Companion*, 394. Los Congresos Nacionales realizados por la Academia Nacional de Historia de la República Argentina, por ejemplo, se convocan con temáticas que respetan una “distancia temporal” de cuarenta años.

³⁵ El National Center for History in the Schools de la UCLA es un centro creado en 1988 para “fortalecer los lazos entre la profesión del historiador y la enseñanza de la historia en todos sus niveles”. En su página web afirma: “La comprensión histórica requiere que los estudiantes desarrollen perspectivas históricas, la habilidad de describir al pasado ‘en sus propios términos’ (...) Al estudiar la literatura, diarios, cartas, debates, artes y artefactos de las personas del pasado, los estudiantes deberían aprender a no estar ‘centrados-en-el-presente’, no juzgar al pasado sólo en términos de las normas y valores de hoy, sino teniendo en cuenta

el de un tiempo irreversible cuyo marco exterior lo fija la cronología del calendario. El tiempo tiene una dirección que el historiador debe remontar retrospectivamente para ir al encuentro del pasado: “Ni que decir tiene que, desde el momento que la historia es un proceso de cambio direccional, la cronología es fundamental para el significado histórico del pasado vigente en nuestros días”.³⁶ La cronología, como sucesión de fechas del calendario, señala la irreversibilidad temporal.³⁷ El pasado histórico se independiza de la cronología vinculada a la naturaleza marcada por el movimiento de los astros,³⁸ pero participa de ese tiempo socializado que es el del calendario.³⁹ Aún la “larga duración” de los ciclos recurrentes, el “tiempo geográfico” del Mediterráneo, es delimitado por Fernand Braudel a partir de un tiempo social.⁴⁰ Poder fijar una distancia temporal entre el historiador y el pasado necesita del presupuesto de un tiempo social irreversible.

El pasado histórico debe ser también inteligible para poder ser conocido y, por ende, para poder dotarlo de significado. Para Edward H. Carr, por ejemplo, elogiar a un historiador por la precisión de sus datos es como elogiar a un arquitecto por usar vigas o cemento bien preparado.⁴¹ Sin entrar en los múltiples sentidos que puede tener la palabra “significado”, de una manera muy amplia se lo puede entender como la búsqueda de una conexión entre los datos que el historiador encuentra en su tarea de investigación. Arthur Danto expresa muy bien esta idea al contrastar al Cronista Ideal con el Historiador. El Cronista Ideal es aquél que conoce todo lo que sucede, en el momento que sucede, aún en la mente de otros y puede hacer una exacta transcripción. La Crónica Ideal sería, entonces, la completa descripción de todo lo que ocurrió, del pasado completo.⁴² Si una descripción completa de todo el pasado fuera posible, ¿habría lugar para la tarea del historiador? ¿Qué podría hacer un historiador en este caso? En este punto, Danto hace suyas las palabras de Benedetto Croce: “¡Actuar!” Aún la descripción completa de todo el pasado humano no es el “pasado histórico”. El historiador debe transformar a ese pasado en un pasado histórico, debe darle un “sentido”, convertirlo en “pensable”.⁴³ El sentido es el resultado de la investigación histórica, ya se entienda a éste como lo que resulta de interrogar y seleccionar los documentos en función de “una problemática”; ya se refiera a lo que “explica”; ya a lo que se “comprende” desde el presente del historiador. La disputa por determinar qué tipo de sentido encuentra y/o da el historiador al pasado histórico no sólo atravesó, por ejemplo, la cuestión metodológica de la oposición explicación-comprensión o el manifiesto

el contexto donde se desarrollaron” (www.nchs.ucla.edu/standards/historical-thinking-standards) Cfr. Michael Oakeshott, *Rationalism in Politics and other essays*, (London: Methuen and Ltd., 1962), 143, Hayden White, *The Practical Past*, *Historien*, 7 (2007).

³⁶ Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*, 35.

³⁷ Siegfried Kracauer, “Time and History”, *History and Theory*, 6, 6 (1966), 71-72 (65-78).

³⁸ Reinhardt Koselleck, *Pasado Futuro*, 59.

³⁹ Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración*, vol. 3, 787.

⁴⁰ Fernand Braudel lo fija entre “las últimas llamas del Renacimiento y la Reforma (...) y la dura entrada a la época del Siglo XVII” (*Mediterranean*, “Preface”, 18).

⁴¹ Cfr. Edward H. Carr, *¿Qué es historia?*, 14.

⁴² Arthur Danto, *Narration and Knowledge (including the integral text of Analytical Philosophy of History)* (New York: Columbia University Press, 1985), 149.

⁴³ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 143.

programático de *Annales* sino que también ha estado presente en el impacto del giro lingüístico sobre la discusión acerca del papel de la narrativa en historia.

En resumen, el pasado histórico como presupuesto temporal que recorre el régimen de temporalidad moderno, es un pasado humano que se define por su diferencia con el presente, que surge en la frontera que lo distingue del presente.⁴⁴ Es lo “otro” que, aunque pueda ser múltiple o tener diferentes planos o escalas temporales, resguarda al historiador de ser parcial o “comprometido” por la distancia que lo separa. Supone un tiempo irreversible que excluye cualquier repetición, impidiendo que pueda ser tomado como ejemplo o guía para el presente o el futuro. Esta distinción entre pasado y presente no llega a un límite de ruptura que obstruya su inteligibilidad. El pasado, así entendido, es lo conocido a través de la investigación histórica. Por último, el pasado histórico es inteligible gracias al sentido que le da historiador.

Ahora bien, esta concepción del pasado histórico, que subyace a la historia como disciplina, atraviesa, con leves matices, todo el siglo XX hasta los años ochenta. Desde los cuarenta hasta, aproximadamente, mediados de la década de los sesenta la discusión teórica y filosófica estuvo centrada en la cuestión en torno al método y, por consiguiente, al estatuto científico de la historia. La discusión, inaugurada por el artículo de Carl Hempel,⁴⁵ se desarrolló principalmente entre filósofos y tuvo poco impacto en el ámbito de la historia. La cuestión del pasado histórico no fue directamente tematizada. Los historiadores, indiferentes a las preocupaciones del modelo de cobertura legal y el *re-enactment* de la discusión filosófica, se ocuparon de sentar las bases teóricas y programáticas de su propia disciplina. La noción de “pasado histórico” parecía no presentar problemas para demarcar a la historia como profesión.

La publicación, en 1965, de *Analytical Philosophy of History* de Arthur Danto constituye el punto de inflexión entre la discusión acerca del método y la próxima etapa que, centrada fuertemente en el giro lingüístico, se extiende hasta los noventa.⁴⁶ Danto expresa muy bien la concepción del pasado de sentido común que se supone en la discusión metodológica, mayormente en el ámbito de la explicación, y que va a operar como base para la estructura temporal de las “oraciones narrativas” que son aquellas que, según él, más habitualmente aparecen en los escritos históricos.⁴⁷ Escribe Danto:

Dejemos que el Pasado sea considerado como un gran recipiente en el que son colocados, en el orden de su ocurrencia, todos los eventos que han sucedido. Es un recipiente que crece cada vez más a medida que avanza el tiempo y, momento a momento, se llena cada vez más con capas sobre capas de eventos que se van introduciendo en sus fauces complacientes.⁴⁸

⁴⁴ *Ibid.*, 53.

⁴⁵ Carl Hempel, “The function of General Laws in History”, *The Journal of Philosophy*, 39 (1942): 35-48.

⁴⁶ El libro se encuentra en la bisagra de la discusión en torno al método en historia y la que, posteriormente, a partir de los sesenta, se dará alrededor del estatuto de la narración en historia. Danto considera que la narración es una forma de explicación (*Narration and Knowledge*, 201-232).

⁴⁷ *Ibid.*, 143.

⁴⁸ *Ibid.*, 146.

El alejamiento del pasado es incontenible y una vez que un evento se encuentra en el recipiente, se va alejando a medida que el tiempo fluye. “El evento queda cada vez más enterrado en el pasado a medida de que otras capas de eventos se van apilando”.

Para Danto el único cambio que puede sufrir un evento es alejarse cada vez más del presente. Un evento y sus contemporáneos constituyen una clase exclusiva y ningún otro evento podrá ser contemporáneo de ellos. No hay ningún cambio en el evento, excepto su alejamiento creciente del presente. “En el Pasado están situados todos los eventos que una vez ocurrieron, como cuadros congelados”.⁴⁹ Los acontecimientos del pasado son irrepetibles y están cada vez más distantes del presente. El único cambio que puede haber en el pasado no es en los eventos mismos, sino en la descripción que hacemos de ellos. Y en eso consiste una oración narrativa: una descripción retrospectiva de un acontecimiento “A” a la luz de otro acontecimiento “B” ocurrido posteriormente. Nadie en 1618, por ejemplo, podría haber descrito los sucesos que estaban ocurriendo como el “comienzo de la Guerra de los Treinta Años”. Sólo luego de 1648 se pudo referir al período comprendido entre 1618 y 1648 como la Guerra de los Treinta Años.⁵⁰ Danto concluye que “no ser testigos de un acontecimiento no es algo tan malo si nuestros intereses son históricos”.⁵¹ El historiador, por encontrarse en el presente y poder mirar retrospectivamente los acontecimientos que ocurrieron después del que está investigando –los futuros de los pasados–, tiene privilegio epistémico sobre el testigo.⁵² Danto se encuentra en el punto de inflexión en el cual la discusión narrativista sobre la historia entra en escena.

El período que se extiende desde la aparición de *Metahistoria* (1973)⁵³ hasta principios de los noventa (el verano europeo de 1986, en el que comienza el *Historikerstreit* o debate de los historiadores en Alemania) está centrado en el impacto del giro lingüístico en historia. Su finalización coincide con lo que Hartog señala como la crisis del régimen moderno. La crítica literaria y la semántica constituyen los modelos a partir de los cuales se desarrolla el debate sobre los alcances y límites de la narración como forma de representación histórica. Para Hayden White, la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, no alude a ninguna realidad pasada sino que es lo figurado en la narración que intenta describirlo o analizarlo. De ese modo, los historiadores “constituyen sus objetos como posibles objetos de representación narrativa por medio del lenguaje que usan para describirlo”.⁵⁴ Este tipo de construccionismo radical es sostenido, con diferentes variantes, por estudiosos provenientes en su mayoría de la filosofía y de la crítica literaria. A

⁴⁹ *Ibid.*, 148.

⁵⁰ *Ibid.*, 152.

⁵¹ *Ibid.*, 153.

⁵² Este privilegio epistémico de una visión retrospectiva del historiador también lo señala Hayden White: “Los historiadores, viendo desde el ventajoso punto de vista de los futuros acontecimientos, pueden reclamar un conocimiento del pasado que ningún agente del pasado en ese presente pudo haber tenido”, *The Practical Past*.

⁵³ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX* (Buenos Aires: FCE, 1998).

⁵⁴ *Ibid.*, 57.

diferencia de la etapa anterior, los historiadores no han permanecido indiferentes y han rechazado, en cambio, casi unánimemente este tipo de posturas por considerar que, por un lado amenazan el “principio de realidad” que anima a la historia como disciplina y, por otro, comprometen los límites estrictos de la ciencia histórica reduciéndola a un nuevo género literario.⁵⁵ Su posición puede ser resumida en la siguiente queja que expresará, en 1991, Carlo Ginzburg contra algunos de sus colegas:

Para muchos historiadores la noción de prueba está pasada de moda; así como la verdad, a la cual está ligada por un vínculo histórico (y por lo tanto no necesario) muy fuerte. Las razones de esta devaluación son muchas, y no todas de orden intelectual. Una de ellas es, ciertamente, la exagerada fortuna que ha alcanzado a ambos lados del Atlántico, en Francia y en Estados Unidos, el término “representación”. El uso que del mismo se hace acaba creando, en muchos casos, alrededor del historiador, un muro infranqueable.⁵⁶

Si bien la queja de Ginzburg se enmarca en la discusión en torno a la representación narrativa de la historia, la amenaza al “principio de realidad” que los historiadores ven en las posturas construccionistas radicales alcanza también al “pasado histórico”. Lo que el narrativismo puso en tela de juicio fue, también, la realidad del pasado histórico, presupuesto no cuestionado hasta los setenta. El historiador cree en la realidad del pasado. El pasado, los hechos históricos han existido, han tenido un lugar y una fecha. La no actualidad de lo ido no significa que éste pueda ser identificado con la no-realidad.⁵⁷ “La huella en cuanto es dejada por el pasado, vale por él”.⁵⁸ A través de los documentos y de los testimonios, el historiador conoce al pasado histórico al que refiere indirectamente a través de la prueba que garantiza “lo que ocurrió”. En el marco de la discusión acerca de la representación, la realidad del pasado histórico es defendida, con diversos matices, por las posturas de vertiente fenomenológica tales como las de David Carr y Ricoeur. Sin embargo, si se acepta que la trama en las narraciones históricas es construida, también debe aceptarse que el pasado que resulta de ella es construido. En esta dirección, Michel de Certeau afirma que en la operación historiográfica el pasado no es un “dato”, sino un “producto”⁵⁹ y los “hechos históricos”, el resultado de una praxis.⁶⁰ Tal como reconoce Roger Chartier, “la producción del objeto rompe con la idea de que el pasado es un objeto en sí mismo, debe construirse”.⁶¹ La estructura de la narración que, a través de la trama, transforma a los acontecimientos en comienzos y finales con un sentido teleológico retrospectivo, pone al descubierto la naturaleza construida del pasado histórico. Los acontecimientos del pasado son organizados (“construidos”) por el historiador como

⁵⁵ Cfr. Al respecto, Arnaldo Momigliano, “The Rhetoric of History and the History of the Rethoric: on H. White’s Tropes”, *Comparative Criticism*, 3 (1981); Lionel Gossman, *Between History and Literature* (Cambridge: Harvard University Press, 1990), etc.

⁵⁶ Carlo Ginzburg, *El juez y el historiador* (Madrid: Anaya, 1993), 22.

⁵⁷ Cfr. François Chatelet, *La Naissance*, 11.

⁵⁸ Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración*, vol. 3, 838.

⁵⁹ Michel de Certeau, *La escritura*, 85.

⁶⁰ *Ibid.*, 45.

⁶¹ Elisa Cárdenas Ayala, “Las ciencias sociales y la historia: una entrevista a Roger Chartier”, *Takwá*, 9 (2006): 174 (163-182).

procesos, ciclos, épocas, revoluciones o períodos. Sin embargo, la discusión sobre la narrativa histórica – que se realiza, todavía, en el marco del régimen de historicidad moderno – deja intactos los otros rasgos, mencionados anteriormente, del “pasado histórico”. Sea éste real o construido, los debates que se desarrollan en torno a la escritura de la historia mantienen el presupuesto del pasado como régimen de la historiografía. Hasta ese momento, el pasado era “el lugar común” de la historia.

Cuando el presente se transforma en objeto de la historia

François Hartog estima la aparición del régimen de historicidad presentista hacia fines de los ochenta; ese orden del tiempo en donde el presente se instala durablemente como posición dominante: “el presente está omnipresente”,⁶² un “presente que se dilata paulatinamente”.⁶³ Desde 1989 el tiempo pasa a ser un asunto o un problema muy importante cuyo centro es el presente. No se trata de las teorías del presente ni del epicureísmo o el estoicismo, ni aún del presente mesiánico. Según Hartog, son varios los factores que confluyen, desde los años setenta, para que las demandas recaigan sobre el presente: el crecimiento de la desocupación en masa, la caída progresiva del Estado de bienestar – construido en torno a las ideas de solidaridad y del que el mañana será mejor que el hoy – y el aumento de las demandas de una sociedad de consumo, en las que las innovaciones tecnológicas y la búsqueda de beneficios producen una obsolescencia cada vez más rápida de cosas y personas. “La productividad, la flexibilidad y la movilidad han llegado a ser los nombres maestros de nuestros administradores”,⁶⁴ lo que ha conducido a desear y valorizar lo inmediato. Ni siquiera se deja un hueco para la muerte. En sociedades cuyas poblaciones han envejecido, han crecido paradójicamente las modernas técnicas para rejuvenecer. Las nuevas tecnologías permiten transmitir en “tiempo real”, las guerras son en “tiempo real”, todo puede ser consumido en el presente. “El presente es el único horizonte” pero, agrega Hartog, esto ocurre con una particularidad: “el presente, en el momento mismo en que se realiza, desea ser considerado como ya histórico, como ya pasado”.⁶⁵ Es como si el presente se volviese sobre sí mismo para prever cómo será considerado en el pasado, anticipándose a lo que será nominado por el pasado. Incluso las apelaciones a la memoria, las conmemoraciones y el patrimonio, no se puede decir que constituyan referencias a un pasado, a una identidad que uno tiene, sino que, por el contrario, lo que intentan es circunscribir en el presente lo que “uno es, sin haber sabido, o sin ser capaz de saberlo”.⁶⁶ Constituyen políticas, por lo tanto, del presente. El último tercio del siglo XX ha dado lugar a un “presente masivo, agobiante, omnipresente, que no tiene más horizonte que sí mismo, que crea cotidianamente el pasado y el futuro que, día tras día, le es necesario”.⁶⁷

⁶² François Hartog, “Tiempo y Patrimonio”, 4.

⁶³ Hans Ulrich Gumbrecht, *Lento Presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico* (Madrid: Escobar y Mayo Editores S. L., 2010), 36.

⁶⁴ François Hartog, *Régimes*, 125.

⁶⁵ *Ibid.*, 127.

⁶⁶ François Hartog, “Tiempo y Patrimonio”, 7.

⁶⁷ *Ibid.*, 11.

Ahora bien, ¿se puede establecer un nexo entre esta nueva forma de estar en el tiempo, este nuevo régimen de historicidad señalado por François Hartog y Hans Ulrich Gumbrecht, entre otros, y el régimen temporal historiográfico? ¿Qué pasa en el interior de la disciplina histórica? La década de los ochenta señala sin duda igualmente una inflexión para la historia y su régimen de temporalidad. Varias son las novedades. Hace irrupción la historia del tiempo presente poniendo en cuestión la difícil tensión entre el presente y la reconstrucción historiográfica del pasado reciente: en 1978 François Bédarida crea el *Institut d'histoire du temps présent* (IHTP) que se inaugura en 1980 bajo su dirección (www.ihtp.cnrs.fr); Pierre Nora se pone al frente de los estudios de la *Histoire du présent* en la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* (EHESS), y en 1988 nace en España la revista *Ayer* de la Asociación de Historia Contemporánea. La historia del presente o del pasado reciente, entendida como aquella historiografía que tiene por objeto acontecimientos o fenómenos sociales que constituyen recuerdos de al menos una de las generaciones que comparten un mismo presente histórico,⁶⁸ pone al descubierto las relaciones complejas y conflictivas de un presente que, en tanto pasado muy reciente, se historiza a sí mismo.⁶⁹ En este nuevo género historiográfico, la cuestión de la memoria traspasa todas las dimensiones del problema de lo histórico y, en lo que a la dimensión temporal importa, relaciona el tiempo de la memoria con el tiempo de la historia. En 1984 Pierre Nora publica el primer volumen de *Lieux de mémoire*, en cuya introducción titulada “Entre la historia y la memoria” intenta exponer la problemática con la que la memoria desafía a la historia. Trabajos comparables son llevados a cabo, por sociólogos e historiadores, en Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Israel, tanto en el estudio de la historia nacional como en el de grupos sociales como tribus y sectas dentro de estas naciones.⁷⁰ Mucha de esta

⁶⁸ Cfr. María Inés Mudrovic, “Algunas consideraciones epistemológicas para una Historia del Presente”, *Hispania Nova* 1, 1 (1998-2000), <http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/013/art013.htm> [consulta 22 diciembre, 2012].

⁶⁹ Siguiendo una línea de argumentación posible, se puede afirmar que la mayoría de los historiadores, desde la Antigüedad, han escrito sobre su presente. Esta tesis ha sido defendida convincentemente por Fritz Ernst en Alemania 1957. Fritz Ernst, “Zeitgeschehen und Geschichtsschreibung: Eine Skizze”, *Die Welt als Geschichte: Zeitschrift für universalgeschichtliche Forschung*, 19 (1957), 137-189. Agradezco esta referencia a uno de los evaluadores de este trabajo. La cuestión parece ser si la emergencia de la historia del presente en los años sesenta es una práctica innovadora en la forma de hacer historia o, por el contrario, se trata del resurgimiento de una vieja tradición. Sin embargo, aunque Herodoto, Tucídides, San Agustín y Goldhagen hayan escrito sobre su propio presente, hay una diferencia. 1789 marca el inicio del régimen de historicidad moderno que se reconoce a sí mismo estableciendo la diferencia entre pasado y presente. La ruptura que establece la Revolución Francesa permite, por ejemplo, la creación de la noción de Antiguo Régimen para designar a un pasado ido y distinto del presente, aunque próximo en el tiempo. “La historia moderna occidental comienza con la diferencia entre el *presente* y el *pasado*”, cfr. Michel De Certeau, *La escritura de la historia*, 17. Esta exclusión del pasado deviene, entonces, en referencia negativa de la historia del presente que se desarrolla a partir de los setenta. Antes de 1789, toda historia era contemporánea porque la historia misma no se concebía fuera del presente. Una ruptura con el pasado no tenía sentido. El objeto, la estructura y la finalidad de la historia estaban esencialmente orientadas por y hacia el presente. Hasta la modernidad, el presente no difería del pasado sino que era el historiador que lo demarcaba a partir de su propia subjetividad (“mientras tanto”, “en mi tiempo”, “antes”, etc.). Cfr. Henri Rousso, *La dernière catastrophe. L'histoire, le présent, le contemporain* (Paris: Gallimard, 2012), 27-86.

⁷⁰ Cfr. por ejemplo, Maurice Agulhon, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880* (Cambridge: Cambridge University Press, 1981); Amatzia Baram, *Culture, History and Ideology* ISSN 2174-4289

literatura enfatiza la naturaleza socialmente construida de la memoria y sus usos políticos, históricos y culturales. Para Hartog el trabajo de Nora expresa una percepción del tiempo en el cual, transformado el pasado en “lugar”, el presente comienza a referirse a sí mismo, el pasado se “patrimonializa”. En 1992, el historiador Saul Friedländer publica *Probing the Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution”*.⁷¹ Este libro constituye el *turning point* en la discusión internacional que desde 1973 se venía llevando a cabo en relación al concepto de representación historiográfica. La cuestión es que, a diferencia de la etapa anterior, ya no son los críticos literarios o los filósofos los que señalan el aspecto figurativo de la trama argumental de la historia sino que ahora son los propios historiadores quienes ponen en duda la posibilidad de representar acontecimientos trágicos del pasado reciente a través de medios estándar de la disciplina histórica. Las “catástrofes” o “cataclismos” del siglo XX,⁷² por sus consecuencias traumáticas para las sociedades contemporáneas, desafían el intento de la historia por hacerlos inteligibles. La Revolución Francesa, a pesar de las calamidades y los conflictos sufridos, había generado una memoria positiva y no dolorosa del pasado. Esto se vio reflejado en los proyectos políticos arrojados al futuro y en la ruptura con el presente, lo que dio lugar a que los acontecimientos ocurridos antes de 1789 se los pudiese tratar históricamente, es decir, como pasados. Las guerras mundiales, los genocidios y los terrorismos de estado, a través de la imprescriptibilidad jurídica de los crímenes cometidos, entre otros dispositivos, dieron lugar en cambio a un fenómeno inédito: la contemporaneidad de los crímenes con las generaciones nacidas más tarde a partir de la abolición de la distancia temporal que los separa. Ese pasado que no termina de pasar, y que se vive en términos de duelo, reparación o conmemoración, se transforma en objeto de la historia del presente. Llegados a este punto, la consideración del pasado parece quedar reducida a este pasado reciente doloroso. Sin embargo, interesa señalar que es esta forma de historiografía la que desafía, de una manera más evidente, todos los preceptos temporales sobre los que se había construido la historia como disciplina.

Para el régimen moderno de la historiografía, que suponía la existencia de un “pasado histórico” como su objeto, las consecuencias de este cambio son varias. La historia del presente enfrentó a los historiadores con el fenómeno de una ausencia de consenso, en lo que se refiere a las bases teórico-metodológicas de la disciplina, para reconstruir el pasado reciente, ese pasado recordado en el presente. En un primer momento, el nudo de la discusión se centró en la relación de la historia con la memoria: mientras que algunos filósofos e historiadores sostenían que la historia es una forma de memoria (Hirsh, Hutton, Isemberg, Ricoeur, LaCapra, por ejemplo), otros defendían la discontinuidad entre el pasado recordado y el pasado histórico (Yerushalmi, Momigliano, Nora, entre otros). La distancia temporal, que aseguraba la objetividad y preservaba al historiador de implicarse en los hechos históricos, queda anulada. Este fenómeno de la fascinación con el pasado

in the Formation of Ba’thist Iraq, 1968-80 (New York: St. Martin’s Press, 1991), John Bodnar, *Remaking America: Public Memory, Commemoration and Patriotism in the Twentieth Century* (Princeton: Princeton University Press, 1992), etc.

⁷¹ Saul Friedländer, *Probing the Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution”* (Cambridge: Harvard University Press, 1992).

⁷² Henri Rousso, *La dernière catastrophe*, 139.

reciente, que emerge más allá del espacio académico, enfrentó al historiador con los límites de la responsabilidad de una disciplina que había permanecido aislada de los debates públicos durante casi más de medio siglo. El *Historikerstreit* y el caso Goldhagen en Alemania, el *Manifiesto de Historiadores* en Chile o la obra de Jan Tomasz Gross sobre la masacre de Jedwabne constituyen ejemplos de la incidencia directa en la esfera pública de la investigación histórica por la resignificación de sentido del pasado reciente. En otra dirección, la historia fue apremiada por la esfera jurídica en el tratamiento de esos crímenes de lesa humanidad que introducen a un presente imperecedero en la noción de imprescriptibilidad. El historiador debe comparecer para decir “la verdad”.⁷³

Dentro de este contexto, el historiador pierde también la posición “privilegiada” que le daba la distancia temporal. El testimonio de los sobrevivientes de acontecimientos trágicos del pasado reciente adquiere una relevancia inusitada pues, para algunos, permitiría una forma de acceso a la experiencia vivida.⁷⁴ Se ha entrado en la “era del testimonio”. Así comprendido, el testimonio de acontecimientos límites ocluye la posibilidad misma de su reconstrucción historiográfica puesto que se corre el riesgo de que, al integrarlo en un relato más amplio, se distorsione su verdad. Dado que el discurso histórico introduciría, entonces, una inevitable mediación entre los que no vivieron el acontecimiento y los que lo experimentaron, el testimonio sería, para muchos, el único lenguaje en que estos acontecimientos límites deberían ser representados. Y esto es así porque, el “testimonio nos da una representación de las experiencias más significativas y profundas de una persona”.⁷⁵ La historiografía debe, en lo posible, transcribir los testimonios. Se invierte, ahora, la posición: el testigo adquiere el privilegio epistémico sobre el historiador, la escritura de la historia toma la forma de testimonio.⁷⁶

Por otro lado, la búsqueda de nuevos marcos teóricos y de herramientas metodológicas para dar cuenta de la magnitud de los acontecimientos acaecidos llevó a que

⁷³ Me refiero a esa clase particular de testigos en que se convirtieron algunos historiadores convocados para testimoniar en procesos por crímenes de lesa humanidad, especialmente en Francia (cfr. al respecto François Hartog, “El historiador y el testigo”, *Gradhiva*, 27 (2000): 1-14. También en España, como es el caso del historiador Ángel Rodríguez Gallardo, quien ha testificado en el juicio llevado a cabo contra Baltasar Garzón o, en Canadá, donde el historiador Hilberg testificó en 1985 en el caso Zündel en el que el historiador Irving participó como testigo-experto a favor de la defensa (Cfr. también Henri Rousso, *La dernière catastrophe*).

⁷⁴ En palabras de Felman: “El testimonio será así entendido (...) no como un modo de proposición acerca de [statement of] sino más bien como un acceso a [access to] esa verdad. En literatura, tanto como en psicoanálisis y concebiblemente en historia también, el testigo [witness] debe ser (...) no sólo quien [de hecho] presenció -participó [witnesses], sino también el que engendra [begets] la verdad a través del acto de testimoniar”. Cfr. Shoshana Felmany Dori Laub (ed.), *Testimony. Crisis of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and Theory* (London: Routledge, 1992), 16.

⁷⁵ Frank Ankersmit, *Historical representation* (Stanford: Stanford University Press, 2001), 163.

⁷⁶ Cfr. Por ejemplo Alessandro Portelli, *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas adriáticas, la memoria* (Buenos Aires: FCE, 2003). El texto se estructura en torno a transcripciones directas de testimonios sin casi ninguna intervención del historiador. Portelli consigna en la Introducción que el libro articula “doscientas entrevistas individuales” que “son reproducidas en la mayor cantidad posible *verbatim*, porque en las elecciones lingüísticas y en la forma narrativa están presentes significados que no pueden ser extraídos sin destruirlos”, p. 29. Cfr. María Inés Mudrovic, “El debate en torno a la representación de acontecimientos límites del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente”, *Diánoia*, 52, 59 (2007): 127-150.

algunos historiadores entendieran estas experiencias como experiencias traumáticas, lo que los autorizaba a exportar categorías analíticas del psicoanálisis y de la neurobiología. Este giro hacia el modelo del psicoanálisis y de las neurociencias no sólo tuvo fuertes consecuencias en las modalidades adoptadas para el conocimiento de pasados recientes traumáticos sino, asimismo, en lo referente a las discusiones en torno a las concepciones del tiempo histórico.⁷⁷ En sus versiones más extremas, Cathy Caruth, apoyándose en el concepto de “memoria literal” de van der Kolk, concibe a la historia como repetición,⁷⁸ y desde un ángulo psicoanalítico, Dominick LaCapra piensa la historicidad como “el retorno de lo reprimido”. La cuestión de la interpretación de los fenómenos socioculturales en términos psicoanalíticos o neurobiológicos conlleva, a mi entender, la negación de la posibilidad del régimen historiográfico moderno, al menos, en aquellas sociedades con pasados recientes traumáticos. La temporalidad del trauma es incompatible con la temporalidad histórica que presupone un “pasado histórico” irreversible, separado y distante del presente, tanto si el fenómeno de la repetición es entendido como el retorno de lo reprimido o si es visto como el retorno de lo literal.

La dimensión de los acontecimientos del siglo XX enfrentó, también, al historiador con el problema de representar lo que Hannah Arendt ha denominado “la banalidad del mal”. La posibilidad de una reconstrucción realista de acontecimientos límites por medio de los procedimientos estándar de la historiografía ha sido puesta en duda desde dentro de la misma profesión histórica.⁷⁹ Parfraseando a Adorno⁸⁰ un eminente historiador del Holocausto, Raul Hilberg, se pregunta: “Yo no soy un poeta (...) pero, ¿no es igualmente bárbaro escribir notas al pie de página después de Auschwitz?”, y más adelante añade: “algunas personas que lean lo que he escrito tendrán la creencia errada de que aquí, en mis páginas impresas, encontrarán la verdad última del Holocausto tal como realmente ocurrió”.⁸¹ La barbarie de lo ocurrido no sólo puso en cuestión las herramientas conceptuales y metodológicas de la historiografía para tornar inteligibles aquellos sucesos que, para algunos, eran incognoscibles e irrepresentables,⁸² sino que la cuestión de qué debe entenderse por “humano” fue puesta también en duda. La posibilidad de dar cuenta de un pasado reciente atroz descubrió las limitaciones del presupuesto de un “pasado humano inteligible”.

La relación que el clima presentista establece entre el régimen de la historia y el régimen de la memoria, al oscurecer las fronteras entre el recuerdo y el hecho histórico – la

⁷⁷ Cfr. María Inés Mudrovcic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, *Diánoia*, 48, 50 (2003): 111-127.

⁷⁸ Cathy Caruth, *Unclaimed Experience. Trauma, Narrative, and History* (The Johns Hopkins University Press, 1996).

⁷⁹ María Inés Mudrovcic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”.

⁸⁰ Theodor Adorno, *Prisms* (Cambridge [Mass.]: MIT Press, 1981), 84.

⁸¹ Raul Hilberg, “I Was Not There”, in *Writing and the Holocaust*, ed. Berel Lang (New York: Holmes & Meier, 1988), 25.

⁸² Al decir de Elie Wiesel, “Auschwitz no puede ser explicado ni visualizado (...) el Holocausto trasciende a la historia”. Elie Wiesel, *Against Silence: The Voice and Vision of Elie Wiesel* (New York: Irving Abrahamson, Holocaust Library, 1985), 158.

distinción entre un pasado ya ido y el presente –, conlleva otra consecuencia. La memoria literal, la repetición ritual conmemorativa debe ser transformada en memoria ejemplar para que el recuerdo del horror pasado mantenga alerta al grupo frente a situaciones nuevas y, sin embargo, análogas. La historia *magistra vitae*, desterrada del régimen de historicidad moderno, vuelve a colarse bajo el ropaje de la “memoria ejemplar”.

Ahora bien, y llegados a este punto, nos encontramos que el “pasado histórico” de la práctica histórica ya no es lo que era. Todas sus características han desaparecido en un régimen historiográfico en el que el pasado reciente se involucra con un presente extendido. La distinción entre el pasado y el presente es obliterada desde diferentes ángulos. El privilegio epistémico que adquiere el testigo impide la distancia temporal que presupone el ajuste retroactivo del pasado. La temporalidad repetitiva del trauma social ocasionado por los acontecimientos límites impone la presencia del pasado en el presente, colapsa con el presente. El horror de los crímenes cometidos y la unicidad del suceso transformarían al testimonio en “acceso directo” al pasado. La irrepitibilidad es puesta en cuestión. El deber de recordar y el mandato a no olvidar convierten al pasado, nuevamente, en ejemplo a tener en cuenta; pero esta vez, para que no vuelva a repetirse. La violencia extrema no es lo excepcional en la “condición humana”; lo “humano” o, al menos, lo que se entendía como tal, debe redefinirse. El “pasado histórico” en el que, al decir de Eric Hobsbawm, abrevaba mansamente el rebaño de los historiadores, se ha transformado en presencia, en un pasado presente que forma parte de ese presente omnipresente. Los historiadores se muestran inquietos. La base temporal no cuestionada de su propia disciplina ha entrado en crisis.⁸³ El diagnóstico de que la disciplina está atravesando una “anarquía epistemológica”⁸⁴ o “ha perdido su camino” en “un tiempo en que el terrorismo patrocinado por el estado, el terror y la tiranía se han expandido a todas partes y en el que la inhumanidad parece estar en aumento”,⁸⁵ se contraponen al optimismo confiado que Carr, por ejemplo, desplegaba sobre su propia disciplina en los años sesenta: “nuestra concepción de la historia refleja nuestra concepción de la sociedad (...) declarando mi fe en el futuro de la sociedad y en el futuro de la historia”.⁸⁶

Conclusiones

⁸³ La temporalidad histórica ha dejado de ser un presupuesto y se discute al interior de la propia disciplina. Del 7 al 9 de abril de 2011 se llevó a cabo en el Freiburg Institute for Advanced Studies, School of History, Albert Ludwigs Universität Freiburg (Alemania) el FRIAS-Workshop *Breaking up Time. Settling the Borders between the Present, the Past and the Future*, Germany. Entre el 28 y 29 de octubre de 2010, un grupo de destacados historiadores se reunió en Buenos Aires para discutir “Los usos del pasado” en la Universidad Nacional Tres de Febrero. La “distancia temporal” es foco de análisis en el *Theme Issue* de la revista *History and Theory*, December 2011, dedicada a “Historical Distance: Reflections on a Metaphor”.

⁸⁴ *Dictionnaire des Sciences Humaines* (Paris: PUF, 2006), 532-533.

⁸⁵ Keith Jenkins, Susan Morgan y Alan Munslow (ed.), *Manifestos for History* (New York: Routledge, 2007), xi.

⁸⁶ Edward H. Carr, *¿Qué es historia?*, 11.

Que nuestra experiencia del tiempo ha cambiado en los últimos treinta o cuarenta años es algo que casi nadie pone ya en duda. Lejos estamos del futuro “futurista” que ha sido el “carbón de la locomotora de la Historia”⁸⁷ y del pasado “en sí mismo” que debía recrear la historiografía. La noción de “régimen de historicidad”, nacida en un contexto en donde la temporalidad misma comienza a ser tematizada, ayuda a visualizar los diferentes modos en que articulamos presente, pasado y futuro. Ahora bien, si esta noción no pretende quedarse vacía de sentido, deberíamos poder rastrear el régimen de historicidad dominante, ya sea en las experiencias vividas o en las prácticas culturales de una determinada sociedad. La primera, es decir, rastrear en las experiencias vividas, es tarea de una antropología del tiempo, la segunda es lo que he intentado desarrollar en este trabajo atendiendo, específicamente, a la práctica historiográfica. La historia es, a mi entender, un lugar privilegiado para buscar un régimen de historicidad dominante puesto que se concibe a sí misma como una disciplina que trabaja con el tiempo. De lo que se trata es de indagar en la escritura de la historia su régimen historiográfico, es decir, las articulaciones temporales que le subyacen como supuestos. Sin plantear una correlación causal fuerte, debería haber un cambio en la percepción del tiempo que se plasma en la historiografía, cuando hay un cambio en la forma en que una sociedad, la occidental en este caso, articula pasado, presente y futuro.

El “pasado histórico” separado de su presente es el que la historia del pasado reciente viene a confrontar. Durante el régimen de historicidad moderno, lo contemporáneo, el presente, no podía ser asunto de la historia. El presente era el tiempo “caliente” de la acción política que se proyectaba a un futuro mejor. La historia se ocupaba de ese pasado del cual veníamos, pero que nunca más iba a repetirse. Ese pasado podría ser más o menos glorioso, pero en todo caso tenía que ser distinto, como la Edad Media, o “ido” como el “nacimiento de la patria”. Era un pasado al que no se podía volver, que no se iba a repetir, porque el progreso nos conducía a destinos desconocidos pero sin duda mejores. Este pasado, que no tenía ningún “interés práctico”⁸⁸ para el presente, era objeto del estudio desapasionado y objetivo de la historia.

Las “catástrofes”, los “cataclismos” o los “acontecimientos límite”, entre las tantas denominaciones que han recibido los genocidios, terrorismos de estado y crímenes en masa del siglo XX, pusieron en cuestión esa separación del presente con el pasado. El pasado reciente se transforma en deuda, en culpa, en memoria, en justicia, en fin, en un pasado que no termina de pasar, en un pasado presente. El pasado es devorado por el presente, el movimiento teleológico hacia el futuro es reemplazado por un ajuste retroactivo del pasado. Ni pasado, ni futuro, el presente omnipresente del régimen de historicidad presentista se ve reflejado en una historia del presente que no puede, ya, concebirse ni objetiva ni distanciada del pasado.

⁸⁷ François Hartog, *Croire*, 290.

⁸⁸ Hayden White, “The Practical Past”.

Por otro lado y al decir de François Dosse, la “historia ha estallado en migajas”. Al viejo monopolio ejercido por las historiografías nacionales le ha sucedido, a partir de los años setenta, una pluralidad de perspectivas: la historia de las mujeres, la de los de abajo, las de las personas de color, las de los inmigrantes, la de los pueblos originarios y la de cualquier otro grupo que reclame su propio lugar en la historia, la historia global, la nueva historia global, la historia de los conceptos que se torna en historia intelectual, la nueva historia política, la nueva historia social, etc. La pregunta que surge es: ¿esta amplia variedad de géneros de escritura histórica reflejan el régimen de historicidad presentista? En una primera aproximación, nada exhaustiva por supuesto, podemos responder afirmativamente. Quizás sea la historia del pasado reciente la que lo refleje más claramente, pero en cada uno de los géneros mencionados hay una toma de conciencia de que el pasado reconstruido no es ni lo distinto ni lo “ido” del presente, aun cuando se lo pueda pensar como “remoto”, tal como sucede con el pasado de los pueblos originarios o el de las mujeres de la Edad Media. Son pasados que aún pesan en el presente y cuyos lazos temporales son, ahora, tematizados reflexivamente en la práctica historiográfica. ¿Se desprende de ello que hay un solo régimen de historicidad al mismo tiempo? Sin duda que no. Múltiples órdenes del tiempo pueden coexistir y, sin duda, lo hacen. La historiografía refleja el orden dominante, como también lo pueden hacer la filosofía, la literatura, el cine o el arte en general. Sin embargo, no podemos pensar que expresen la concepción del tiempo de grupos religiosos o étnicos no hegemónicos, por ejemplo, que comparten una misma época. Esto último nos llevaría a otra cuestión: la relación entre el poder y el tiempo.

Profile

The author is Professor of Philosophy of History at the Universidad Nacional of the Comahue, Director of the Research Center of Philosophy of Social Sciences and Humanities, and Researcher at the CONICET (Argentina). She has been visiting professor at numerous international universities. Apart from different articles and contributions to books on theory and philosophy of history, she is author of *Voltaire, el Iluminismo y la Historia* (Buenos Aires, Fundec, 1996), *Historia, Narración y Memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia* (Madrid, Akal, 2005), and editor of *Pasados recientes en conflicto. Representación, mito y política* (Buenos Aires, Prometeo, 2009). Co-author, with Nora Rabotnikof, of the forthcoming book *En busca del tiempo pasado. Temporalidad, historia y memoria* (México, Siglo XXI).

La autora es Profesora titular de Filosofía de la Historia de la Universidad Nacional del Comahue y directora del Centro de Investigación en Filosofía de las Ciencias Sociales y Humanidades e investigadora del CONICET (Argentina). Ha sido profesora invitada en numerosas universidades internacionales. Además de artículos y capítulos de libro sobre teoría y filosofía de la historia, es autora de *Voltaire, el Iluminismo y la Historia* (Buenos Aires, Fundec, 1996), *Historia, Narración y Memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia* (Madrid, Akal, 2005), y editora *Pasados recientes en conflicto. Representación, mito y política* (Buenos Aires, Prometeo, 2009). Coautora, con Nora Rabotnikof, del libro de próxima publicación de *En busca del tiempo pasado. Temporalidad, historia y memoria* (México, Siglo XXI).

Fecha de recepción: 13 de marzo de 2013

Fecha de aceptación: 25 de marzo de 2013

Publicado: 15 de junio de 2013

Para citar este artículo: María Inés Mudrovcic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”, *Historiografías*, 5 (enero-junio, 2013): pp. 11-31
<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/5/mudrovcic.pdf>